



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

Homenaje a Benedicto XVI, con ocasión de su conferencia en la Universidad de Ratisbona

AQUILINO POLAINO LORENTE
Catedrático de Psicopatología
Director del Departamento de Psicología
de la Universidad CEU San Pablo

Texto, contexto y pretexto de una conferencia universitaria

La vida profesional, habida cuenta la necesaria especialización actual, está sometida también a ciertas normas que son de obligado cumplimiento para quienes trabajan en ese concreto ámbito. Se diría que cada ámbito profesional se rige por sus propias normas, diferenciándose así unos de otros conforme a lo específico que los singulariza. Algunas de esas normas son antiquísimas; viejas tradiciones que remiten posiblemente a los orígenes de esa actividad y que constituyen como un obligado referente con el que los profesionales se identifican y reconocen.

La vida académica, la vida de la Universidad, en modo alguno constituye una excepción a estas costumbres y normas. Más aún, en ella las tradiciones —que suelen ser una manifestación explícita de lo que caracteriza a la actividad de impartir conocimientos— resultan imprescindibles y no son del todo dissociables del quehacer universitario.

El martes 12 del pasado mes de septiembre, un anciano y prestigioso profesor de la Universidad de Ratisbona participó en un acto universitario, organizado en su honor por aquella Universidad, consistente en pronunciar una conferencia sobre un tema de actualidad, de la ciencia por él cultivada.

Hasta aquí una noticia apenas reseñable y, por el momento, nada más. Sin embargo, fuera por el tema del que trató y por la impar y actual relevancia de su persona o por cualquiera sabe qué otra peculiaridad, el

hecho es que su discurso ha sido, con toda probabilidad, el más veces editado y transmitido por los *mass media* en los escasos años transcurridos de este problemático siglo XXI.

El eco mediático que su intervención levantó ha hecho que la “noticia” llegara hasta el último rincón del mundo. Pero ese eco fue en muchos casos adulterado o tergiversado. Lo que de esa conferencia llegó a muchos nada o muy poco tiene que ver con el discurso que allí se pronunció.

En realidad, la voz del anciano profesor Joseph Ratzinger en la Universidad de Ratisbona difiere mucho del contenido propalado por ese “eco”, tan vago en su contenido como atronador en su propagación. En cierta manera, esto ha sucedido porque son muchas las personas que se han quedado en la “noticia” pero no han leído el texto. Tales resonancias habrían constituido un natural y auténtico eco, si al menos nos hubieran permitido oír su límpida voz, si a su través se vislumbrara el espíritu universitario y biográfico de la persona que pronunció esa conferencia.

La “noticia” ha corrido de boca en boca provocando el escándalo de un concreto y bien delimitado sector de la población. En estas circunstancias, resulta obligado que se detalle, con cierta precisión, el texto, el contexto y el pretexto que estuvieron en el origen de la “noticia”.

Del estudio del texto me ocuparé a lo largo de esta colaboración, con independencia de que se aconseje al lector que acceda a él y lo lea.

El marco, el contexto, muy brevemente descrito, fue el siguiente: Conferencia pronunciada en el Aula Magna de la Universidad de Ratisbona ante representantes del mundo de la ciencia y la cultura alemanas el 12 de septiembre de 2006; el título de la Conferencia: «Fe, razón y Universidad. Recuerdos y reflexiones»; el conferenciante: Joseph Ratzinger —hoy, el Papa Benedicto XVI—, un anciano profesor de esa misma Universidad, en la que había sido durante muchos años catedrático y vicerrector. En síntesis, una intervención universitaria más, a no ser por la relevancia mundial de su protagonista y acaso por la pertinente y rabiosa actualidad de su contenido.

La clave de tanto alboroto hay que buscarla más bien en el pretexto. Aquí se entiende por pretexto lo mismo que entiende el *Diccionario de la RAE*: «motivo o causa simulada o aparente que se alega para hacer algo o para excusarse de no haberlo ejecutado».

¿En dónde asentaba la causa aparente o simulada de tanto alboroto? En apenas una cita del diálogo sostenido, probablemente durante el invierno de 1391 en Ankara, por el emperador bizantino Manuel II

Paleólogo con un persa culto, acerca del cristianismo y el islam, y la verdad de ambos. La cita alborotadora se aviene bien al contenido del tema de que se trató, al que en modo alguno sustituye pero sí ilustra.

En realidad, lo que de verdad importa es lo que se sostiene y fundamenta en el texto completo. La cita que tanto crispó a ciertas personas hipersensibles —y que tanto pesar causó al Papa—, en modo alguno exonera al lector imparcial de la atenta lectura de lo que se afirma en el texto. Pero más allá de este “accidente” —del que la mayoría de la gente está informada— y de las consecuencias que le siguieron, considero que es preferible atenerse a lo sustantivo, es decir, al texto, cuyo contenido se glosa de modo sucinto en las líneas que siguen.

El diálogo entre fe y razón

En estas circunstancias, Benedicto XVI se ha interrogado con valentía acerca de la racionalidad de la fe. Una cuestión ésta que, siendo vieja, no obstante, es del todo nueva, a pesar de que en la actualidad se disfraza con diferentes ropajes a los antaño acostumbrados.

¿Es que acaso la pregunta acerca de Dios no tiene cabida en el actual horizonte universitario? ¿No será tal vez lo contrario? El hecho de que en el ámbito de muchas disciplinas universitarias se haya optado hoy por el empirismo radical o el escepticismo pretendidamente neutral, urge y sitúa en un primer lugar el debate acerca de esta cuestión irrenunciable.

La cuestión acerca de Dios es tanto más relevante cuanto que su expulsión del ámbito científico y universitario se ha hecho de espaldas a la racionalidad. No, no es razonable que se considere como no pertinente —y menos aún en un contexto universitario— la cuestión así formulada. Porque de no aceptarse, se pone en grave riesgo los buenos oficios de la misma racionalidad.

La cuestión, además de pertinente para el cultivo de la verdad científica, es exigida por el mismo diálogo interreligioso entre civilizaciones, y para dar una respuesta cabal acerca del origen y la identidad de la Europa de hoy. Son estos motivos, que por su misma relevancia sí que atañe, de forma ineludible, al propio quehacer universitario.

El encuentro entre fe y razón, como afirmó Benedicto XVI, «es un dato de importancia decisiva no sólo desde el punto de vista de la historia de las religiones, sino también desde el de la historia universal, un dato que nos afecta también hoy».

Los antecedentes de esta cuestión disputada se encuentran en el diálogo entre la fe cristiana y el helenismo, es decir, en el mismo origen del cristianismo. La pregunta formulada, en la cita aludida, era acerca de la convicción de si «actuar contra la razón está en contradicción con la naturaleza de Dios» y si tal convicción «¿es solamente un pensamiento griego o es siempre válido por sí mismo?».

En esta ocasión el debate se estableció entre el culto idolátrico helenístico y la fe bíblica, entre la fe y la razón, entre la auténtica ilustración y la religión. Si «Dios actúa con *logos*, “como razón capaz de comunicarse” [...], no actuar con el *logos* es contrario a la naturaleza de Dios».

Para el pensamiento helenístico la imagen de un Dios —árbitro no estaba ligada ni siquiera a la verdad y el bien. En la fe cristiana, por el contrario, se parte de «la convicción de que entre Dios y nosotros, entre su eterno Espíritu creador y nuestra razón creada, existe una verdadera analogía, en la que ciertamente las semejanzas son infinitamente más grandes que las semejanzas [...] El Dios verdaderamente divino es ese Dios que se ha mostrado como el “*logos*” y como “*logos*” ha actuado y actúa lleno de amor por nosotros. Ciertamente el amor “sobrepasa” el conocimiento [...]; sin embargo, el amor del Dios-Logos concuerda con el Verbo eterno y con nuestra razón».

Benedicto XVI hace un seguimiento a través de este eje vertebral —helenismo y cristianismo—, a lo largo de la historia, por afectar sustantivamente al diálogo entre fe y razón. Para ello partió de «la tesis, según la cual el patrimonio griego, críticamente purificado, forma parte integrante de la fe cristiana».

En su conferencia se ciñó a exponer la evolución de la tesis teológica contraria —la deshelenización del cristianismo—, «pretensión que desde el inicio de la edad moderna —señaló— domina de manera creciente en la investigación teológica. Si se analiza con más detalle, se pueden observar tres oleadas en el programa de la deshelenización»: la etapa de los postulados fundamentales de la Reforma del siglo *xvi*; la teología liberal de los siglos *xix* y *xx* y la autolimitación moderna de la razón; y la tercera y última etapa, la de la actual deshelenización. En las siguientes líneas se expone una síntesis, según el autor citado, de lo que caracteriza a cada una de estas etapas.

Las etapas de la propuesta de deshelenización del cristianismo

Estudiemos en concreto cada una de estas etapas, siguiendo la exposición de Benedicto XVI.

1. *La etapa de los postulados fundamentales de la Reforma del siglo XVI*

En esta etapa, los reformadores se enfrentaron a lo que con error percibían como una sistematización de la fe cristiana condicionada totalmente por la filosofía, es decir, condicionada por algo ajeno y exterior a ella, y que de ella no se deriva. «La fe ya no parecía como una palabra histórica viviente, sino como un elemento integrado en la estructura de un sistema filosófico.» En consecuencia, la fe había que liberarla de la metafísica (un presupuesto derivado de otra fuente). De acuerdo con ello, la radical crítica reformadora kantiana «ancló la fe exclusivamente en la razón práctica, negándole el acceso al todo de la realidad».

2. *La etapa de la teología liberal de los siglos XIX y XX, y la autolimitación moderna de la razón*

El autor más destacado en esta etapa es Adolf von Harnack, cuya idea central era liberar la persona y el mensaje de Jesús no sólo de la heleenización sino también de la teología. La pretensión de Harnack era volver simplemente al hombre Jesús, padre de un mensaje moral humanitario, de manera que «el cristianismo estuviera en armonía con la razón moderna, es decir, liberarle de los elementos filosóficos y teológicos, como la fe en la divinidad de Cristo y en Dios uno y trino».

Se trataba de sustituir en la Universidad la teología por la exégesis histórico-crítica del Nuevo Testamento, expresión de la razón práctica y, por tanto, estrictamente científica.

Al mismo tiempo que se planteaba esta propuesta por la teología liberal, se alzaba la autolimitación de la razón, herencia de las “críticas” kantianas, a las que se había unido el progreso de las ciencias naturales y el incipiente y fecundo éxito de las tecnologías.

De un lado, se parte aquí de la premisa que «presupone la estructura matemática de la materia, y su intrínseca racionalidad» (cartesianismo heredero del platonismo acerca del entendimiento de la naturaleza), lo que permite entender cómo funciona la naturaleza.

De otro, se parte de la premisa de que la certeza final sólo es alcanzable mediante la verificación o falsación a través de la experimentación (empirismo), lo que nos permite «explotar la naturaleza para nuestros propósitos».

Es un hecho empíricamente comprobable que esa autolimitación de la razón se aplica hoy casi exclusivamente al ámbito de las ciencias

que tratan del conocimiento de Dios y de la conciencia humana. De esta forma, se trataba de impedir el reconocimiento de que también el estudio de esos contenidos competen a la razón humana, porque también ellos son objeto de ciencia.

«En el mundo occidental —afirma Benedicto XVI— se sostiene ampliamente que sólo la razón positivista y las formas de la filosofía basadas en ella son universalmente válidas.»

De esta síntesis entre el platonismo y el empirismo surgen dos principios: (1) «Sólo la certeza que resulta de la sinergia entre matemática y empirismo puede ser considerada como científica. Lo que quiere ser científico tiene que confrontarse con este criterio. [...] El método como tal excluye el problema de Dios, presentándolo como un problema acientífico o precientífico; y (2) «Los interrogantes propiamente humanos, es decir, “de dónde” y “hacia dónde”, los interrogantes de la religión y la ética no pueden encontrar lugar en el espacio de la razón común descrita por la “ciencia” entendida de este modo y tienen que ser colocados en el ámbito de lo subjetivo. El sujeto decide entonces, basándose en su experiencia, lo que considera que es materia de la religión, y la “conciencia” subjetiva se convierte en el único árbitro de lo que es ético». [Los números entre paréntesis han sido introducidos en el texto por el autor de esta colaboración.]

He aquí la exclusión y expulsión de Dios y de la religión del ámbito de la ciencia, es decir, del ámbito de la razón una vez que ésta ha sido autolimitada y restringida a sólo la mera “razón práctica”.

3. La tercera etapa de la deshelenización

Esta etapa, que se prolonga hasta la actualidad, se caracteriza por calificar la síntesis entre el cristianismo y el helenismo, lograda por la Iglesia, como una inculturación preliminar que no puede vincularse a todas las culturas. De aquí que preconicen el regreso al mensaje del Nuevo Testamento, anterior a esa inculturación. Como si tal regreso no constituyera, al mismo tiempo, una nueva forma de inculturación.

«Esta tesis —afirma Benedicto XVI— no es falsa, pero es burda e imprecisa. [...] Ciertamente hay elementos en el proceso formativo de la Iglesia antigua que no deben integrarse en todas las culturas. Sin embargo, las decisiones fundamentales sobre las relaciones entre la fe y el uso de la razón humana son parte de la fe misma, son desarrollos consecuentes con la naturaleza misma de la fe.»

Contra los reformadores que intentan la «crítica a la razón moderna desde su interior», Benedicto XVI confiesa que «mi intención no es el reduccionismo o la crítica negativa, sino ampliar nuestro concepto de razón y su aplicación».

El autor citado reconoce que «la ética científica debe ser obediente a la verdad y que estamos agradecidos por las maravillosas posibilidades que ha abierto para la humanidad y para el progreso que se nos ha dado, [...] (pero) también podemos apreciar los peligros que emergen de estas posibilidades y tenemos que preguntarnos cómo podemos superarlas».

Para que la Universidad sea ella misma

Los universitarios hemos de estar agradecidos, por muchas razones, a las enseñanzas de Benedicto XVI, con independencia de cuáles sean nuestras convicciones acerca de la religión católica.

En primer lugar, los universitarios estamos agradecidos por haber actualizado una tradición que, lamentablemente, puede extinguirse: la del *dies academicus*. Si la Universidad ha de aspirar a ser el lugar de encuentro y diálogo entre todas las ciencias y las personas que a ellas entregan su vida, nada mejor que continuar insistiendo en esta tradición. Benedicto XVI nos ha dado buen ejemplo de ello con su intervención en el Aula Magna de la Universidad de Ratisbona.

En segundo lugar, los universitarios estamos agradecidos por apelar a la unidad de la ciencia, más allá de la fragmentación a la que le conducen los diversos especialismos. El hecho de que podamos dialogar entre nosotros acerca de la razón y la verdad, cualquiera que fuere el saber que cultivamos, garantiza la cohesión y unidad de la vida universitaria. Condición sin la que se cuestionaría gravemente el ser mismo de la Universidad. Gracias a esa convergencia en el diálogo y —de acuerdo con sus palabras— «a pesar de todas las especializaciones, que a veces nos impiden comunicarnos entre nosotros, formamos un todo y trabajamos en el todo de la única razón con sus diferentes dimensiones, estando así juntos también en la común responsabilidad por el recto uso de la razón». He aquí lo que funda el “todo” de la *universitas scientiarum*: El recto uso de la razón.

En tercer lugar, los universitarios estamos agradecidos por preservar el puesto de la teología en el ámbito universitario y de las ciencias. «La teología —afirmó— pertenece correctamente a la Universidad y está

dentro del amplio diálogo de las ciencias, no sólo como una disciplina histórica y ciencia humana, sino precisamente como teología, como una profundización en la racionalidad de la fe.»

En cuarto lugar, los universitarios estamos agradecidos por mostrarnos cómo podemos hacer frente al cientificismo, a los peligros que para la humanidad de él se derivan, y al intento de expulsar el conocimiento de Dios y la religión del ámbito de las ciencias universitarias. Para este propósito, Benedicto XVI nos sugiere las tres vías siguientes: «Sólo lo lograremos (1) si la razón y la fe avanzan juntas de un modo nuevo, (2) si superamos la limitación impuesta por la razón misma a lo que es empíricamente verificable, y (3) si una vez más generamos nuevos horizontes.» [Los números entre paréntesis han sido introducidos en el texto por el autor de esta colaboración.]

Su propuesta de soluciones es de una magnanimidad prodigiosa, lo que se compeadece muy ajustadamente con el acendrado espíritu que toda universalidad ha de encarnar. A mi parecer, las soluciones propuestas por Benedicto XVI buscan el más en lugar del menos de la ciencia; son soluciones por desbordamiento por cuanto que liberan a la razón del pesimismo y la artificial autolimitación en que hoy está cautiva; son soluciones que tienen la pretensión de abrir la inteligencia humana a insospechados horizontes de luz, donde la razón y la fe pueden encontrarse, convivir y mutuamente potenciarse.

En quinto lugar, los universitarios estamos agradecidos porque nos preserva y previene contra «un estado peligroso para los asuntos de la humanidad, como podemos ver en las distintas patologías de la religión y la razón que necesariamente emergen cuando la razón es tan reducida que las preguntas de la religión y de la ética ya no interesan. Intentos de construir la ética a partir de las reglas de la evolución o la psicología terminan siendo simplemente inadecuadas».

En sexto lugar, por último, los universitarios estamos agradecidos porque nos invita a apelar a la razón en el diálogo intercultural —como hoy demanda el marco de la globalización en el que estamos inmersos—, sin el que la misma vida universitaria estaría como sofocada y obstruida.

Las palabras con que Benedicto XVI puso fin a su conferencia en Ratisbona manifiestan un especial énfasis en la siguiente recomendación: «En el diálogo de las culturas invitamos a nuestros interlocutores a encontrar este gran “logos”, esta amplitud de la razón. Es la gran tarea de la Universidad redescubrirlo constantemente».

Los católicos, la razón y la vida pública

En el contexto de este relevante y riguroso Congreso —imprescindible referente de otras muchas reuniones científicas— resulta obligado hacer una referencia a la fe y la razón, siguiendo el mismo texto de Benedicto XVI, objeto de esta colaboración.

En efecto, si se excluye la razón del estudio científico de la filosofía y la teología, es decir, si se arroja al exilio a estas disciplinas por la puerta trasera de la Universidad —según algunos, porque no son científicas—, ¿cómo y en qué fundamentarán los católicos su derecho a hacerse presentes en la sociedad de hoy? ¿Cuál será, entonces, el fundamento de la justa libertad religiosa que demandan? ¿Es que acaso han de renunciar a las valiosas aportaciones científicas de su razón y a sus legítimos comportamientos?, ¿Han de abandonar tal vez sus convicciones y ocultarlas atemorizados en el oscuro hondón de su intimidad? ¿Podrán hacerlo? ¿Sería justo para la sociedad que se comportaran de esta forma? ¿Es ésta quizá la forma de dar alcance al ideal democrático? ¿Pueden tal vez olvidarse las decisivas influencias de la religión como factor de cohesión social y cultural, configurador de las civilizaciones y de la historia de los pueblos?

No son éstas cuestiones retóricas con las que adornar e ir poniendo fin a esta colaboración. Ninguno de los contenidos anteriores son de suyo renunciables. Todos ellos son anteriores a la democracia, hasta el punto de que sin ellos ésta no habría sido posible. Son, pues, preámbulos emanados y exigidos por la razón y la misma condición humana y, por eso, fundamentos irrenunciables del orden democrático.

«Incluso las culturas profundamente religiosas —escribe Benedicto XVI— ven esta exclusión de lo divino de la universalidad de la razón como un ataque a sus más profundas convicciones. [...] Al mismo tiempo, como he tratado de demostrar, la razón científica moderna, con sus elementos intrínsecamente platónicos, genera una pregunta que va más allá de sí misma, de sus posibilidades y de su metodología. La razón científica moderna tiene que aceptar la estructura racional de la materia y su correspondencia entre el espíritu y las estructuras racionales que actúan en la naturaleza como un dato de hecho, en el que se basa su metodología. Incluso la pregunta ¿por qué esto tiene que ser así? Es una cuestión real, que tiene que ser dirigida por las ciencias naturales a otros modos y planos de pensamiento: a la filosofía y la teología. Para la filosofía y, si bien es cierto que de otra forma, para la teología, escuchar a las grandes experiencias y perspectivas de las tradiciones religiosas de

la humanidad, de manera particular las de la fe cristiana, es fuente de conocimiento; ignorarla sería una grave limitación para nuestra escucha y respuesta.»

Frente a la desconfianza y el oscurecimiento de la razón, el católico ha de tratar de ampliar su horizonte y llevarla a la vida pública a fin de que ilumine la comunidad humana, humanice las organizaciones de los hombres y aporte el necesario calor sin el que las personas no experimentarían el respeto y la dignidad que merecen.

Ante la crisis posmoderna del oscurecimiento de la razón —y la relativa impotencia que a ella se atribuye—, el católico ha de optar por ampliar su horizonte y extenderlo, al mismo tiempo que profundizar y potenciar sus conocimientos a la luz de la razón, conforme exige su fe.

Conviene no olvidar que la misma fe (humana) en la razón es dependiente de que la razón se aplique al estudio de la fe (sobrenatural). La fe sobrenatural no es racional, pero sí razonable. Y es razonable porque las personas pueden servirse de la razón —como ha demostrado la historia— para el conocimiento de lo divino. Ésa es la grandeza de la fe católica, de una fe que nos empuja a los creyentes a emplear también la razón en las cosas que se refieren a Dios.

El mismo diálogo entre católicos y vida pública no puede desentenderse de la razón humana. Sin su presencia ese diálogo sería inexistente. El católico es tanto más solidario con los otros ciudadanos —creyentes o no— cuando no renuncia en sus actuaciones públicas a exponer lo que hace razonable a su fe.

«Una razón que es sorda a lo divino y que relega la religión al espectro de las subculturas —afirma Benedicto XVI— es incapaz de entrar al diálogo con las culturas.»

Nos va en ello el presente y el futuro de Occidente, que ha de modificar su desconfianza y aversión a la razón humana. «Occidente —postula Benedicto XVI— ha estado en peligro durante mucho tiempo a causa de esta aversión, en la que se basa su racionalidad, y por lo tanto sólo puede sufrir grandemente. Hace falta valentía para comprometer toda la amplitud de la razón y no la negación de su grandeza: éste es el programa con el que la teología anclada en la fe bíblica ingresa en el debate de nuestro tiempo.»

Como demostración de esta continuidad en la doctrina católica acerca de la fe y la razón, recordemos las palabras con que finalizó Juan Pablo II la dedicación de la Catedral de la Almudena de Madrid: «En una sociedad pluralista como la vuestra —afirmó—, se hace necesaria una mayor y más incisiva presencia católica, individual y asociada, en

los diversos campos de la vida pública. Es por ello inaceptable, como contrario al Evangelio, la pretensión de reducir la religión al ámbito de lo estrictamente privado, olvidando, paradójicamente, la dimensión esencialmente pública y social de la persona humana. ¡Salid, pues, a la calle, vivid vuestra fe con alegría, aportad a los hombres la salvación de Cristo, que debe penetrar en la familia, en la escuela, en la cultura y en la vida política! Éste es el culto y testimonio de la fe a que nos invita también la presente ceremonia de la dedicación de la catedral de Madrid».